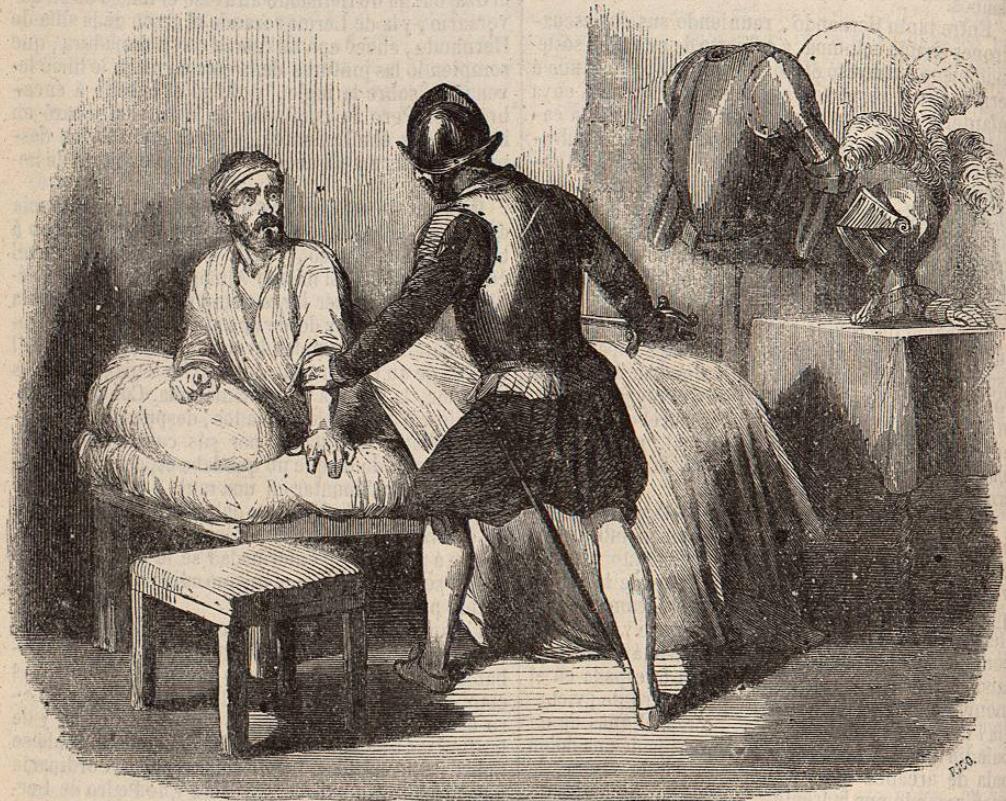


becera, le echó en cara el insulto que de él había recibido, y le dijo que iba á lavarle con su sangre. En vano Lerma le aseguró que cuando se restableciese le daría la satisfacción que deseaba: el miserable, exclamando «ha de ser ahora» le hundi6 la espada en el pecho. Todavía este soldado vivió algunos años gloriándose de su atroz asesinato que él llamaba reparacion de la ofensa hecha á su honor; pero es satisfactorio saber que su insolente jactancia le costó la vida (1). Tales anécdotas, repugnantes y todo como son, dan una idea esacta, no solo del espíritu de la



Asesinato de Pedro de Lerma.

tenian, dejaron sus cuerpos desnudos en la llanura (2). Se ha juzgado extraño que los indios no se aprovecharan de sus superiores fuerzas para caer sobre los vencedores fatigados despues de la batalla. Pero las desunidas fuerzas de los peruanos carecian de gefe; estaban ademas desanimadas por recientes reveses, y los castellanos, aunque debilitados entonces por la fatiga; eran mucho mas fuertes que lo habian sido nunca en el Cuzco.

Sin embargo, el gran número de tropas reunido dentro de los muros de la capital, número que ascendía á mas de mil trescientos hombres, y su heterogénea composicion, daban gran cuidado á Hernando Pizarro; porque entre ellos habia enemigos que se

(1) Carta de Espinall, MS.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. II, cap. XXXVIII.

Fue ahorcado por este mismo crimen de órden del gobernador de Puerto Viejo unos cinco años despues. El modo insolente y descarado con que se jactaba de su atrocidad irritó sobremanera al gobernador y á la poblacion.

(2) «Los indios viendo la batalla fenecida, ellos tambien se dejaron de la suia iendo los vnos i los otros á desnudar á los españoles muertos i aun á algunos vivos que por sus heridas no se podian defender, porque como pasó el tropel de la gente siguiendo la victoria, no hubo quien se lo impidiese; de manera que dejaron en cueros á todos los caidos.» Zárate, Conq. del Perú, lib. III, cap. XI.

época, sino de aquel espíritu de peculiar ferocidad que engendran las guerras civiles, guerras las mas crueles de todas, esceptuando las de religion.

La precipitacion con que los vencidos emprendieron la fuga hácia el Cuzco, y el ardor con que los vencedores perseguian á sus enemigos hasta la misma capital, hicieron que el campo de batalla quedase abandonado. Pero pronto se llenó de saqueadores, porque los indios, bajando como buitres de las montañas vecinas, tomaron posesion del ensangrentado terreno, y despojando á los muertos de todo cuanto

espiaban y le espiaban con odio mortal, aunque oculto, y amigos, si no tan peligrosos no menos molestos por sus sórdidas é irracionales pretensiones. Habia entregado la capital al pillaje, y sus soldados hallaron un buen botin en los alojamientos de los oficiales de Almagro; pero esto no bastaba á los mas ambiciosos, los cuales ponderaban en alta voz sus servicios, y pedian se les diese el mando de alguna expedicion, en la confianza de que habian de encontrar en ella montes de oro. Todos buscaban *El Dorado*. Hernando Pizarro accedió en lo posible á estas pretensiones, deseoso de deshacerse de tan importunos acreedores. Es verdad que las expediciones concluian por lo comun casi desastrosamente; pero se conseguia con ellas explorar el pais. Eran una lotería de aventuras, con pocos premios pero grandes, y en la escitacion del juego pocos españoles se detenian á calcular las probabilidades de buen éxito.

Uno de los que salieron de la capital fue Diego, el hijo de Almagro. Hernando cuidó de enviarle con buena escolta adonde estaba su hermano el gobernador, deseoso de apartarle en aquellos momentos críticos de la inmediacion de su padre. Entre tanto la vida del mariscal iba apagándose en la prision bajo la influencia combinada de la tristeza y de la enfermedad. Antes de la batalla de las Salinas digieron á

Hernando Pizarro que Almagro estaba á punto de morir. «No permita el cielo, exclamó, que muera antes de caer en mis manos (1).» Sin embargo, la Providencia parecia dispuesta á no conceder sino la mitad de esta piadosa súplica, pues el cautivo estaba á pique de escapársele, precisamente en el momento

de haber caído en su poder. Para consolar al desgraciado gefe, Hernando le hizo una visita en su prision, y le animó asegurándole que solo esperaba la llegada del gobernador para ponerle en libertad, añadiendo «que si Pizarro no llegaba pronto á la capital, él mismo tomaria sobre sí la responsabilidad de sa-



Notifica la sentencia al desdichado Almagro.

carlo de la prision y le daría bagajes para conducirlo al campo de su hermano.» Al mismo tiempo manifestando gran interes por su comodidad, le preguntó «qué manera de viajar seria mas conveniente á su salud.» Despues continuó enviándole platos delicados de su propia mesa para escitar su amortiguado apetito. Almagro, animado con tan benévolas atenciones y con la esperanza de su próxima libertad, fué poco á poco mejorándose de salud y desterrando su melancolía (2).

No pensaba que entre tanto se estaba con industria preparando un proceso contra él. Habia empezado á instruirse este proceso inmediatamente despues de su captura; y todas las personas, aun las mas humildes que tenian motivos de queja contra el desventurado preso, fueron invitadas á declarar. No quedó

desatendida esta invitacion; muchos enemigos se presentaron en la hora de la desgracia como los inmundos reptiles que aparecen entre las ruinas de algun noble edificio; y mas de una persona que habia recibido beneficios de sus manos, se presentó á implorar el favor de su enemigo, renegando de su bienhechor. De tan inapuras fuentes salió una masa de acusaciones que llenaba dos mil páginas en fólío. ¡Y sin embargo, Almagro era el ídolo de sus soldados (3)!

Terminada la causa (8 de julio de 1538) no fue difícil obtener contra el preso una sentencia condenatoria. Los principales cargos de que fue declarado culpable eran: el haber suscitado guerra contra la corona, ocasionando la muerte de muchos súbditos

(1) «Respondia Hernando Pizarro, que no le haria Dios tan gran mal, que le dejase morir sin que le huviese á las manos.» Herrera, Hist. general, dec. VI, cap. V.

(2) Herrera, Historia general, dec. VI, lib. IV, capítulo IV.

(3) «De tal manera que los escrivanos no se daban manos, i ia tenian escritas mas de dos mil hojas.» Ibid., dec. VI, lib. IV, cap. VII.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Conquista i Pob. del Pirú, MS.—Carta de Gutierrez, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Carta de Espinall, MS.

de S. M.; el haber entrado en conspiraciones con el Inca; y finalmente, el haber desposeído de la ciudad del Cuzco al gobernador nombrado por la corona. Por estos cargos fue condenado á muerte como traidor, debiéndosele cortar la cabeza en la plaza pública. Quiénes fueron los jueces ó cuál el tribunal que le condenó no lo sabemos, pero en realidad todo el juicio fue una burla, si juicio puede llamarse aquel en que el acusado está completamente ignorante de la acusación.

Notificósele la sentencia por medio de un fraile comisionado al afecto. El desdichado Almagro, que todo este tiempo había estado, por decirlo así, durmiendo al borde de un precipicio, no pudo al principio comprender la naturaleza de su situación. Recobrándose, sin embargo, del primer susto dijo: «que era imposible que se le hiciese tal agravio y que no quería creerlo;» y suplicó á Hernando Pizarro que le concediese una entrevista. Hernando, á quien no desagradaba presenciar la agonía de su cautivo, consintió en ello, y Almagro, abatido ya por sus desgracias, se humilló hasta el punto de pedirle la vida con las mas encarecidas súplicas. Recordóle sus antiguas relaciones con su hermano, y los favores que le había hecho, así como á su familia en los primeros años de su carrera: habló de sus reconocidos servicios al país, y suplicó á su enemigo «que perdonase sus canas y no privase de la poca vida que le quedaba á un hombre de quien nada tenía ya que temer.» A esto contestó Hernando friamente que «estrñaba ver á Almagro portarse de una manera tan poco digna de un valiente caballero; que su suerte no era peor que la de otros muchos soldados que habían muerto antes que él, y que pues debía á Dios la gracia de haber nacido cristiano, estaba obligado á emplear los momentos que le quedaban en mirar por su alma (1).»

No por eso guardó silencio Almagro. Ponderó el servicio que había hecho al mismo Hernando; díjole «que bien triste era la recompensa que le ofrecía por haberle perdonado la vida en ocasion reciente y en circunstancias idénticas cuando una y otra vez los que le rodeaban le habían aconsejado que se la quitase;» y concluyó amenazándole con la venganza del emperador, que no dejaría impune semejante ultraje hecho á una persona que tan señalados servicios había prestado á S. M. Todo fue en vano: Hernando terminó bruscamente la conferencia, replicando que «su suerte era inevitable y que debía prepararse para sufrirla (2).»

Almagro, viendo que no hacían impresion sus palabras en el férreo corazón de su vencedor, pensó seriamente en el arreglo de sus negocios. Según los términos de la real concesión, estaba autorizado para nombrar sucesor. En su consecuencia designó como tal á su hijo, y nombró á Diego de Alvarado, en cuya integridad tenía gran confianza, administrador del territorio, durante la menor edad de aquel. Dejó por heredero de todas sus propiedades y posesiones en el Perú, de cualquiera clase que fuesen, á su amo el emperador, afirmándole que no estando arregla-

(1) «I que pues tuvo tanta gracia de Dios que le hizo cristiano, ordenase su alma i temiese á Dios.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. V, cap. I.

(2) Herrera, Hist. general, ubi supra.—El mariscal apeló de la sentencia de sus jueces á la corona, suplicando á su vencedor (dice el tesorero Espinall en su carta al emperador) en términos que hubieran movido á compasión el corazón de un infiel. «De la qual el dicho adelantado apeló para ante V. M. i le rogó que por amor de Dios hincado de rodillas le otorgase la apelación, diciéndole que mirase sus canas é vejez á quanto había servido á V. M. i que él había sido el primer escalon para que él i sus hermanos subiesen en el estado en que estaban, i diciéndole otras muchas palabras de dolor é compasión que despues de muerto supe que dixo, que á qualquier hombre, aunque infiel, moviera á piedad.» Carta, MS.

das sus cuentas con Pizarro, aun se hallaban en poder de este jefe muchos bienes que le pertenecían. Con este político legado esperaba asegurar la protección del emperador para su hijo y un exámen minucioso de la conducta de su enemigo.

La noticia de la sentencia de Almagro produjo sensación profunda entre los habitantes del Cuzco. A todos sorprendió que un hombre investido de una autoridad provisional y limitada se atreviese á formar causa á una persona de la categoría de Almagro. Pocos hubo que no recordasen algun acto de generosidad ó benevolencia del desdichado veterano, y aun á los que habían proporcionado materiales para la acusación, sorprendidos por el trágico resultado que ofrecían, se les oyó acusar de tiránica la conducta de Hernando. Algunos de los principales caballeros, y entre ellos Diego de Alvarado, á cuya intercesión, como hemos visto, debió Hernando Pizarro su vida cuando estaba prisionero, se presentaron á él para disuadirle de tan arbitrario y atroz proceder. Todo fue en vano: sin embargo, sus reclamaciones produjeron el efecto de que se cambiase el modo de ejecución, y que esta fuese en la prisión en vez de verificarse en la plaza pública (3).

En el día señalado se formó en la plaza un fuerte piquete de arcabuceros, y se doblaron las guardias á las inmediaciones de las casas donde habitaban los principales partidarios de Almagro. El ejecutor, seguido de un eclesiástico, entró ocultamente en la prisión, y el desgraciado Almagro, despues de haberse confesado y recibido el sacramento de la comunión, se sometió sin resistencia á la pena de garrote. ¡Así murió oscuramente en el lúgubre silencio de un calabozo el héroe de cien batallas! Su cadáver fue llevado á la plaza, donde en cumplimiento de la sentencia se le separó la cabeza del cuerpo. Un heraldo anunció en alta voz la naturaleza de los crímenes por que había sido sentenciado; los restos mortales fueron conducidos á la casa de su amigo Hernán Ponce de León, y al siguiente día se le trasladó con toda la solemnidad debida á la iglesia de nuestra Señora de la Merced. Entre los principales del duelo se hallaban también los Pizarros. No dejó de notarse que su hermano había honrado de un modo semejante la memoria de Atahualpa (4).

Almagro en la época de su muerte no pasaba probablemente de setenta años de edad; pero es difícil fijar esta circunstancia con exactitud, porque Almagro era expósito, y como tal la historia de su infancia está envuelta en la oscuridad (5). Tenía por naturaleza muchas cualidades excelentes; y sus defectos, que no eran pocos, estaban regularmente disculpados por las circunstancias de su situación. Porque cuando se trata de calificar un yerro ¡cuán atenuantes no son las circunstancias de *expósito*, sin padres, sin amigos, sin maestros que le dirijan en su infancia, pobre barquilla arrojada en el Océano de

(3) Carta de Espinall, MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1538.

El obispo Valverde, según él mismo asegura al emperador, se presentó á Francisco Pizarro en Lima, y reclamó se hiciese contra toda violencia al mariscal, diciéndole que su deber exigía imperiosamente que marchase su persona al Cuzco y le pusiese inmediatamente en libertad. «Era un asunto demasiado grave, añade justamente, para confiarlo á terceras personas.» (Carta al emperador.) El tesorero Espinall, que entonces se hallaba en el Cuzco, hizo también esfuerzos, aunque sin fruto, para disuadir á Hernando de su propósito.

(4) Carta de Espinall, MS.—Herrera, Historia general, loc. cit.—Carta de Valverde al emperador, MS.—Carta de Gutiérrez, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Montesinos, Anales, MS., año de 1538.

No se dice la fecha de la ejecución de Almagro; omisión extraña por cierto, pero poco importante, pues el suceso debió verificarse á muy luego de dada la sentencia.

(5) Ante, tomo I, pág. 125.

la vida, y flotando entre rocas y escollos, sin una mano amiga que se estienda para mostrarle el rumbo ó para salvarla! El nombre de expósito es una disculpa de muchas, de muchísimas faltas que se cometen en edad avanzada (1).

Era hombre de pasiones fuertes y no muy acostumbrado á dominarlas (2); pero habitualmente no era vengativo ni cruel. Ya he hablado de una atrocidad que cometió con los indígenas; pero de semejante insensibilidad para con los indios participaban muchos de los españoles mas instruidos. Sin embargo, los indios por convicción propia dieron testimonio de su ordinaria humanidad declarando que entre los blancos no habían tenido mejor amigo que él (3). En realidad, lejos de ser vengativo era clemente, y cedía pronto á los consejos de los demas. Esta facilidad en ceder, que era el resultado de su bien intencionada credulidad, le hizo muchas veces víctima de astutos engañadores, y mostraba ciertamente que carecía de esa confianza en sí mismo propia de los hombres de gran energía de carácter. Sin embargo, su genio abierto y su generosidad le granjearon popularidad entre sus soldados. Era tan generoso que comunmente rayaba en prodigio. Cuando entró en la campaña de Chile prestó cien mil ducados de oro á los caballeros mas pobres para que se equipasen, y despues les perdonó la deuda (4). Era también gastador hasta la ostentación; pero su estravagancia no le perjudicaba entre los aventureros del ejército con quienes la prodigalidad es mas popular que una estricta y bien calculada economía.

Era buen soldado, prudente y cuidadoso en sus planes, paciente é intrepido en la ejecución. Su cuerpo estaba cubierto de cicatrices de heridas recibidas en las batallas, de modo que la natural fealdad de su persona se había convertido casi en deformidad. No debe juzgarse por su última campaña, cuando abatido por la enfermedad cedió al genio superior de su rival sino por muchas expediciones por tierra y por mar para la conquista del Perú y del remoto Chile. Sin embargo, puede dudarse que poseyese aquellas cualidades poco comunes, ya como guerrero, ya como hombre particular, que en circunstancias ordinarias son capaces de distinguir á una persona entre las demas. Era uno de los tres, ó por mejor decir de los dos socios, que tuvieron la fortuna y la gloria de hacer uno de los mas portentosos descubrimientos del mundo occidental; y su nombre participa en gran manera del crédito que logró el de Pizarro, porque si bien no acompañó á este jefe en sus peligrosas expediciones, contribuyó tanto como él á su buen éxito con sus esfuerzos en las colonias.

Sin embargo, su conexión con Pizarro apenas puede considerarse que fuese una circunstancia afortunada en su carrera. La unión entre dos individuos para descubrir y conquistar no es fácil que sea muy escrupulosamente observada, especialmente

(1) Montesinos, á falta de mejor genealogía, dice: «Era hijo de sus grandes hechos, y tales han sido los padres de muchos héroes famosos.» (Anales, MS., año de 1538.) Apurado debía verse un castellano no pudiendo sacar algo parecido á genealogía, aunque fuese un tanto oscura.

(2) «Hera un hombre muy profano, de muy mala lengua, que en enojándose tratava muy mal á todos los que con él andavan, aunque fuesen caballeros.» (Descub. y Conq., MS.) Este retrato es de mano de un enemigo.

(3) Los indios lloraban amargamente, diciendo, que de él nunca recibieron mal tratamiento.

(4) Si hemos de dar crédito á Herrera, distribuyó ciento ochenta cargas de plata y veinte de oro entre sus soldados. «Mandó sacar de su posada mas de ciento y ochenta cargas de plata i veinte de oro, i las repartió.» (Dec. V, lib. VII, capítulo IX.) Una carga era lo que un hombre podía llevar con facilidad. Semejante asercion se resiste á nuestra credulidad pero es difícil señalar los limites de nuestra credulidad en lo que concierne á esta tierra de oro.

por hombres mas acostumbrados á gobernar á los demas que á gobernarse á sí mismos. Si no se suscitan antes motivos de discordia, es seguro que se suscitarán cuando llegue el caso de repartir el botin. Pero había razones particulares que hacían imposible la buena inteligencia entre estos dos asociados, porque el carácter franco, ardiente y confiado de Almagro no se avenía con la política fria y astuta de Pizarro, y siempre que sus intereses estuvieron en oposición el primero fue engañado por el segundo.

A pesar de todo, puede atribuirse á culpa del mismo Almagro la catástrofe que terminó su existencia. Cometió en efecto dos yerros capitales. El primero fue tomar posesión del Cuzco por medio de las armas. No era este el modo de determinar la línea divisoria: esta debía haber sido objeto de una sentencia de árbitros, y si en árbitros no había confianza, de una apelación á la corona. Pero una vez tomadas las armas, no debía haber recurrido á las negociaciones y mucho menos á las negociaciones con Pizarro. Este fue su segundo y grande error. Conocía bastante á Pizarro para saber que no debía fiarse de él. Se fió sin embargo y pagó su confianza con la vida.

CAPITULO III.

Pizarro visita de nuevo al Cuzco.—Hernando vuelve á Castilla.—Su larga prision.—Comisionado enviado al Perú.—Hostilidades con el Inca.—Activa administración de Pizarro.—Gonzalo Pizarro.

1539—1540.

El marques Francisco Pizarro volvió, como hemos visto, á Lima cuando su hermano salió en persecución de Almagro. Allí esperó con ansia el resultado de la campaña, y al recibir la agradable noticia de la victoria de las Salinas, hizo inmediatamente sus preparativos para marchar al Cuzco. En Xauxa, sin embargo, le detuvo largo tiempo el desorden en que se hallaba el país y mucho mas su repugnancia á entrar en la capital del Perú mientras estaba pendiente la causa de Almagro.

En Xauxa recibió á Diego, el hijo del mariscal, que había sido enviado á la costa por Hernando Pizarro. Acosaban al jóven los mas tristes presentimientos respecto á la suerte de su padre, y suplicó al gobernador no permitiese que por su hermano se cometiese ningun acto de violencia contra el autor de sus dias. Pizarro, despues de recibir á Diego con aparente bondad, le dijo que cobrase ánimo, que no se le haría ningun daño (5); y añadió, que esperaba renovar en breve los lazos de su antigua amistad. El jóven, consolado con estas palabras, tomó el camino de Lima, donde por orden de Pizarro fue recibido en su casa y tratado como hijo.

Las mismas promesas respecto á la seguridad del mariscal hizo el gobernador al obispo Valverde y á algunos de los principales caballeros que se interesaron en favor del preso (6). Todavía detuvo Pizarro por mas tiempo su marcha á la capital; y cuando la volvió á emprender, apenas había pasado el rio de Abanca, recibió las nuevas de la muerte de su rival. Manifestó sorprenderse mucho con la noticia; todo su cuerpo se agitó y permaneció por algunos instantes con los ojos fijos en tierra, dando señales de la mayor emoción (7).

(5) «I dixo que no tuviese ninguna pena, porque no consentiria que su padre fuese muerto.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VI, cap. III.

(6) «Que lo haria así como lo decia, i su deseo no era otro sino ver el Reino en paz; i que en lo que tocaba al adelantado, perdiese cuidado, que bolberia á tener el antigua amistad con él.» Herrera, Historia general, dec. VI, lib. IV, capítulo IX.

(7) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. Derramó muchas lágrimas, según dice Herrera, el cual